

echar el nuestro p'allá y el otro lo dejáis ahí quieto", daba una vuelta por la finca y se iba."

C. E., Mt.

Tener parte en la producción hacía que el trabajador se esmerase más en el cuidado y medro del ganado y que se identificase con los intereses del amo y la finca. En algunos casos eso llevaba a prácticas que de otro modo serían impensables, como nos relata este mismo mayoral de una finca en la que el dueño era muy cicatero con la alimentación del ganado:

"No había comía, pero en fin, siempre me metía donde no debía de meterme porque yo también tenía los míos, y que comieran aquí, allí."

C. E., Mt.

También se le podían admitir al empleado gallinas y, más raramente, algún animal, como por ejemplo una cabra. Caso de engordar guarros, los vendía junto a los del amo. Otra posibilidad era recibir algún cerdo una vez engordado, lo que se conocía como tener derecho a tantas arrobas de carne o a una matanza. Junto a ello encontramos también lo que en algunos pueblos, no en todos, se conocía como los *cundíos*, un pago en especie consistente en alimentos básicos, como aceite, vinagre, garbanzos, etc. En ningún caso todas estas fórmulas se daban juntas, sino que eran alternativas o bien podían combinarse varias de ellas.

La vida de los mayorales y porqueros no era precisamente el ideal de los trabajadores, es más, el cuidado de los cochinos se ponía a veces como ejemplo de actividad poco noble en algunos pueblos. Sin embargo, tenía la ventaja de un trabajo y un mínimo de comida fijos y la posibilidad de emplear de forma permanente, o al menos con cierta asiduidad, a miembros de la familia. En tiempo de penuria alimentaria, tener asegurado un mínimo era mucho, de ahí que dijieran los versillos escuchados en Fuente de Cantos:

"¡Qué primor de ser porquero  
en el tiempo [de] las morcillas.  
Abril y mayo vaquero,  
cuando nacen las novillas,  
y pa rematar el año,  
estar de guarda de viñas!"

F. F., Fc.

Ello refiere al hecho de que quienes tenían esas ocupaciones podían disfrutar de chacina y carne, leche y calostros y uvas respectivamente. Un pastor segureño, lamentándose de lo sacrificado de su oficio, de tener que levantarse de noche a mirar las ovejas que estaban al raso en la red, hacía así buena la tarea del porquero:

"¿Tú no ves?, un porquero tiene sus guarros, se acuesta tranquilamente en su casa... El más desgraciao de los ganaeros es el pastor."

D. J. M., Sg.

En la cadena de producción del cerdo, tras los mayores de cochinas venían los porqueros, encargados de cuidar los animales desde que salían de las ahijaderas hasta que entraban en montanera. Al dividirse el ganado en diversas partidas, solía haber más de un porquero, en ocasiones de la misma familia, que vivía junto a los zahurdones o *chozones* de los guarros, también en casillas o chozas de palancas y, caso de haber diferencias en las condiciones de habitabilidad de las viviendas de mayores y porqueros, era en detrimento de estos últimos. Cuando los *zahurdones* y chozas eran de monte y palanca habían de quemarlas pasados unos años, debido a que se cuajaban de chinches. Por ello y porque el lugar donde estaban los cochinos debía variar con la rotación de hojas de cultivo o giros, con frecuencia cambiaba también la residencia de los porqueros, aunque no era todos los años. Sus condiciones de vida, laborales y económicas eran muy parecidas a las de los mayores. Al igual que éstos, solían tener un zagal y su retribución era también similar, salvo que no solían llevar un porcentaje en las crías porque ellos no criaban. Los zagales, tanto de mayores como de porqueros, muchas veces eran familiares, pero no siempre. Estos solían cobrar un salario, que era más bajo que el de su superior, y algún *cundío*, que a veces se le daba al porquero o mayoral, porque su mujer era la encargada de hacer la comida al zagal. Al cabo del tiempo podía terminar ocupando el puesto de porquero o mayoral.

En las fincas donde no había criaderas y los cochinos entraban ya grandecetes, los porqueros se contrataban estacionalmente o podían ser empleados de las fincas que hacían otras tareas o personas que de manera discontinua tenían relación laboral con las fincas, como nos cuentan de dos dehesas de Fuentes de León.

“...ese mismo que está en el sitio se hacía cargo de una piara de cerdos, luego se ponía a talar y el resto del año pos... que si las paredes, que si quitar monte o algo... y estaban metíos to el año, un poquillo de carbón en el verano con la leña de la tala lo hacían ellos también, y eso es lo que ganaban.”

A. J., FI.

“El carbonero se dedicaba a hacer carbón en el verano, en el invierno a lo mejor estaba con los guarros y, así, estaba casi siempre en la finca, y en el tiempo que estaba con los guarros preparaba las encinas a deshoras por el mismo jornal, y luego tenía to el trabajo asegurado.”

S.F., FI.

Hay que tener en cuenta que en ese pueblo, y en algunas fincas de otros pueblos próximos como Bodonal o Segura, aunque hubiese cochinos que atender a veces requerían un cuidado mínimo porque había muchas cercas de piedra en las que campeaban solos.

Los últimos eslabones en la cadena del cochino eran los *gorderos*, los porqueros encargados de llevar las varas<sup>43</sup>, o partidas de entre veinte y cincuenta guarros en que se dividían las piaras para aprovechar la bellota. Pero no en todos

(43) La palabra varas para referirse a estas partidas sería una metonimia, al tratarse de cochinos que van siguiendo la vara que usaba el gordero para caer las bellotas.

los pueblos encontramos la palabra *gordero*, pues se usa también la de porquero. A este tipo de empleado sí que lo encontramos en todas las fincas al llegar la montanera. A veces podían ser *gorderos* algunos porqueros o zagales, que cogían alguna de las varas, pero siempre se solían contratar eventuales, gentes que tenían una relación recurrente con las fincas. Éstos únicamente recibían una determinada cantidad de dinero como sueldo, sin *cundíoo* excusa alguna. En ocasiones se quedaban en las fincas, en casillas o en el cortijo y, si la finca no estaba lejos del pueblo, iban a diario.

En las fincas pequeñas el esquema de organización de las partidas de cochinos y de la mano de obra no era tan claro y definido, pues al ser el grupo doméstico la base de la fuerza de trabajo, la composición de éste era la que determinaba la organización de las tareas. El mayor o menor tamaño de la finca y la cabaña ganadera era otro factor clave. Fincas había en que una persona estaba más al tanto del ganado, por ejemplo el padre si era de edad avanzada, mientras que los hijos se dedicaban a la labor. Allá donde existían cercas, como ocurría muy frecuentemente en Bodonal o Segura, el cuidado del ganado requería de poca mano de obra y se le iba a dar una vuelta puntualmente, cosa nada complicada si tenemos en cuenta que, al ser fincas pequeñas, la distancia era poca. De esta forma, los campesinos podían dedicarse a otras tareas. En Bodonal nos lo explican así:

“...aquí está to hecho cercas y guardao y si no vas a verlos mañana mismo no pasa na. Buscabas un hombre y te lo llevabas a engordar guarros, quince días por ejemplo, y luego lo metías en las cercas y le pagabas a él, y tú solo te las aviabas.”

C. R., Bd.

Algunas explotaciones de cierto desahogo podían tener a una persona contratada para cuidar de los cochinos. Era muy frecuente que las pequeñas explotaciones contratasen a adolescentes o incluso niños para estar al cargo de un número reducido de cerdos, a veces acompañados de algún otro animal.

“Cuando ya tuve diez años me fui con señó Leandro por la comía, a guardar vacas, ovejas, cabras, guarros.”

Z. A., Bd.

El único cometido de estos muchachos era el pastoreo de los animales, ya que las tareas de mayor complicación, como las relacionadas con la paridera y lactancia, las llevaban los dueños en los momentos concretos en que se precisaba. Esta era la forma de iniciarse en el mundo del trabajo de muchos hijos de jornaleros, sobre todo de familias en una situación de bastante penuria. Los hijos dejaban la escuela a edad muy temprana, las más de las veces trabajaban sólo a cambio de la comida, y los padres tenían así una boca menos que alimentar. En otras ocasiones podía tratarse de algún hombre viejo o alguna persona sin mucha habilidad, fuerza o entendimiento o con cualquier otra característica que le hiciera estar en una situación de marginalidad en el mercado laboral.

### 2.3.2. De lechones a guarros gordos: el ciclo del cochino

Una vez descritas las cuestiones generales de economía y organización de la fuerza de trabajo, pasemos a ver el ciclo de producción de los cochinos, empezando por el tipo de animales mismos. Se buscaba tener animales duros, rústicos, adaptados al terreno y las condiciones climáticas y de alimento de esta zona mediterránea interior. Animales de canales ligeras y poco requerimiento de comida, aptos tanto para mantenerse con recursos escasos en momentos críticos como para campar por terrenos a veces quebrados. Así, la raza predominante era la ibérica, mayoritariamente la ibérica negra, aunque en casi todos los pueblos había también ibérico portugués, retinto. En Fuentes de León nos dice el encargado de una finca:

“Esos negros le decían guadianes, pero vino el retinto que eran otros cruces que vienen portugueses (...) Eran unos cochinos retintos que habían traído de fuera, no sé de dónde, y eran fabulosos, pero esos eran puros también, le decían portugueses.”

A. J., Fl.

No obstante nos aparecen noticias, por ejemplo en Pallares y Fuentes de León, de alguna partida de negro portugués, más oscuro que el ibérico español habitual por estas tierras.

“Esa raza de Portugal yo la conozco de toa mi vida, esos pelones negros, portugueses”

V. J. M., Fl.

En casi todos los pueblos hallamos cochinos pintados, con manchas de

tonos distintos y, en menor medida, cinchados, con franjas:

"..eran pintaos, tienen lunares como negros y blancos, pero es la misma clase que el otro, son a lo mejor hermanos, y primos que a lo mejor su madre era ibérica. Los que salían muy pocos eran coloraos pero pintaos... allí mismo donde estuvo mi padre había a lo mejor quinientos cochinos, y de esos salían a lo mejor dos o tres pintaos y los demás todos negros, y eran de la misma madre y del mismo padre pero !!tú que coño sabes cómo eran tus abuelos, tus bisabuelos, tus tatarabuelos...!!. Esto de las personas ¿no dicen que se hereda hasta la séptima generación, o por tontos, o por listos?, más tienes tú las cosas de tu abuelo que de tu padre..."

V. J. M., Fl.

En la parte occidental nos lo presentan como una gran amalgama, en la que, a diferencia por ejemplo de la parte oriental de la comarca, no se miraba demasiado el mismo pelo, el tenerlos de la misma capa.

"Entonces había unos que le decían de estos de Olivenza, unos canos cinchaos, como una cincha blanca entre las paletas y la barriga y le llegaba al lomo, otros ahí de Calera que eran también blancos y negros, otros negros y coloraos, otros con las patas blancas. O sea, que había unos cruces de miedo. Otros negros pelones del to, esos eran peores que los ibéricos, a eso le iban temiendo luego ya los mataderos porque na más que tenían grasa."

B. J., Fl.

"Tos eran del mismo, pero luego los linderos todos los tenían de una clase y de otra, no eran nunca parecidos, unos negros, otros pintaos. Si a uno no le iba bien con los que yo tenía pos los tenía de otros. De cuarenta mil clases, los compradores no miraban eso."

M. M., Bd.

En Bodonal eran muy conocidos los cochinos canos:

"El cochino era colorao claro, le decíamos canos, como eran así blancuzcos (..) pero no blancos de esos blancos. Otros negros, otros píos, de todos los pelos, otros colorauchos. Se dejaban coloraos y negros, pero como la raza venía así salían medio blancos."

M. M., Bd.

En cuanto a la época de cría, tenemos dos situaciones polares. En un extremo estarían las grandes fincas, con una o dos barajas de cochinas de cría, y épocas de cubrición y parto muy claramente definidas y pautadas. En el extremo opuesto, las pequeñas fincas con algunas, o a veces una sola, cochina de vientre y sin control de las fechas de paridera. En las fincas donde el tamaño permitía una estructuración y especialización, el control de parideras era riguroso, con los verracos apartados de las cochinas hasta el momento preciso de la cubrición.

Si tenemos en cuenta que la cochina está preñada tres meses y veintidós días, y amamanta a los lechones entre cuarenta días y dos meses, tiempo durante el cual no queda preñada, nos encontramos con dos crías al año. Donde existía control de parideras, se buscaba una cría en verano y otra en invierno. Los cochinos más interesantes estratégicamente eran los que nacían a finales del verano, a últimos de agosto o en septiembre, de manera que fueran los que se engordaran en la montanera del año siguiente, cuando estuvieran lo suficientemente desarrollados. La otra cría no podía cumplir ese requisito y, además, habría de pasar dos veranos en la finca, asunto problemático pues en el verano los cochinos debían ser alimentados con el grano procedente de los cultivos, con la carga económica que ello conllevaba. Era por eso que, en algunos casos, sobre todo en las economías más modestas, esta cría, o una parte, a veces se vendía. Era excepcional la finca en que sólo se hiciese una cría. Como vimos, en torno a los cochinos nacidos en otras fechas del año (los llamados en algunos pueblos *atravesaos* por no adaptarse al ciclo de la dehesa) y los de las casas, existía un movido mercado de lechones o puros y de marranos. De todas formas, aunque los cochinos *atravesaos* fueran problemáticos por el largo tiempo que debían ser alimentados en las fincas, sobre todo en verano, los cochinos *reviejos* tenían la ventaja de ser muy buenos una vez metidos en montanera, porque ponían más carnes que los otros en la bellota, la aprovechaban mejor.

Aunque en algunos casos se nos dice que el parto de verano era hacia junio o julio, parece ser que lo más frecuente era hacia septiembre y marzo, fuera del frío y el calor extremos.

“Las cochinas hacían dos crías en el año. Al final de agosto y la otra en marzo o abril o así. Porque de invierno era muy frío y ya no. Tiene que ser la cría antes de octubre y antes de venirse el verano del to también. Los de marzo se vendían de verdeo con un año y medio y de montanera casi con dos años.”

A.J., Fc.

“Los cochinos se pueden criar en to tiempo, pero la cría buena es ahora en el verano, porque el guarrino chico cuando nace es muy frío, se queda arreciino y sale muy malino... y en el verano es como mejor salen porque tienen el calor y esos lo que quieren es el calor de chico, aunque luego después sean tan fatigosos, que se metan en el agua y eso, pero de chico son muy arrecíos, que muchos que se dedican a criar ya le ponen calefacción. Antes na, se morían muchos, por eso se criaban casi siempre en el verano.”

Se dejaban pa criar en verano mayormente. Pero las cochinas pueden hacer dos crías al año. El verraco se lo echas en mayo y pa el 21 de agosto paren, que es una época donde salen bien los puros, y después hay que dejarlas pa que paren en marzo. Septiembre y octubre se tiran mamando los puros. Luego la tienes que echar pa que para en marzo, que viene ya el tiempo más favorable, porque el que nazca en enero o diciembre lleva mala pinta, se crían arreciinos, muchos se mueren, no tiene fuerza.”

B. J., Fl.

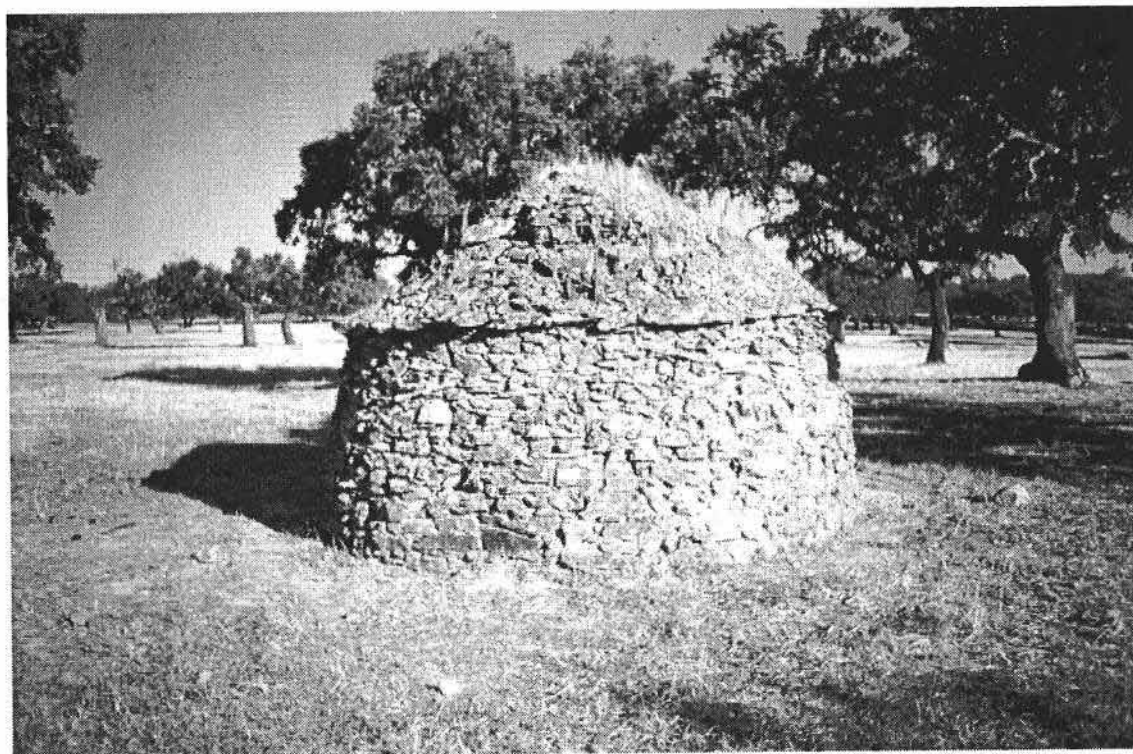
No obstante, nos avisan de los problemático de criar en agosto. En unos casos aducen el hecho de no poder encerrar a la cochina, debido a que se le secaría la leche, y en otro por lo que sigue:

“Las crías buenas son las que tienen cerca de dos meses, que nazcan en junio o julio. Los agostizos, tararí que te vi. Yo me acuerdo del señor Manolo Flores que decía ¡guarros de agosto no los quiero aunque sean daos!, porque un año se le murieron tos. Tenía por lo menos cincuenta guarros y se le murieron tos. De agosto no los quiere la gente porque, mira, los refranes viejos son tos verdaderos, to el bicho que nazca en agosto o en primavera, no sé por qué coño será. Mira, un burro mismo, si nace en agosto tarda un año en mudar más que un burro que nazca en abril. Mudar, lo que mudan a los treinta meses, que mudan una vez o a los cinco años mudan otra vez los colmillos, porque me ha pasao a mí, ya ves qué coño más da que un burro nazca en agosto que nazca en abril, pos algún misterio tiene.”

C. E., Mt.

Como ya hemos dicho, en fincas pequeñas, que no permitían la especialización, la separación de animales y de unidades de manejo, la sistematicidad no era tal.

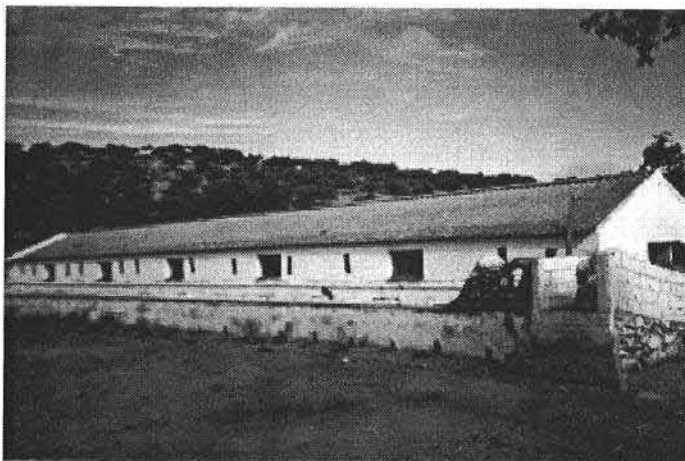
“Criaban cuando iban queriendo. El macho estaba siempre con ellas y había



Majada

veces que se te ahorran<sup>44</sup>, se moría la cría y en vez de venir [parir] en una fecha, luego se pisaban otra vez y venían en otra, repetía.”

M. M., Bd.



Exterior de cochineras

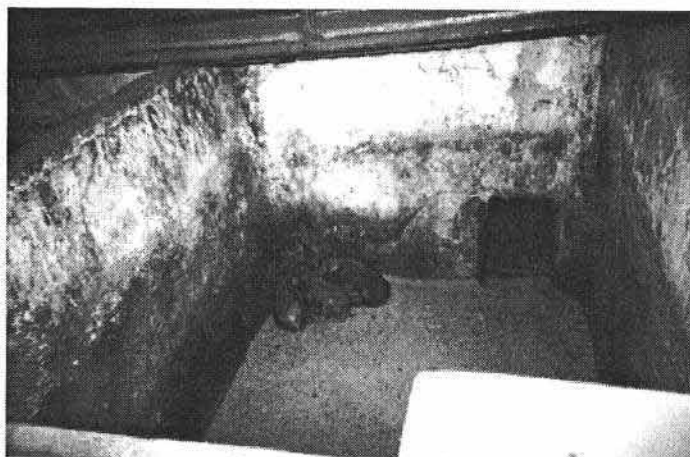
En todo caso, aunque la gestación y lactancia impedía en parte el que quedasen preñadas en todo tiempo, el estar el verraco siempre con ellas hacía imposible controlar los partos una vez roto el ciclo de cría ideal. Hay que hacer notar que en algunas fincas pequeñas no había verraco y se le echaba el de algún lindero o amigo, o incluso era

prestado por algún carnicero. En algún caso hemos constatado que no había un macho dedicado a la reproducción sino que cada año se dejaba un cochino que hiciera de semental y se capaba cuando ya hubiera un marrano que le sustituyera.

Como ya hemos dicho, las cochinas se cogían *al retieso*, es decir, inmediatamente después del destete se les echaba el macho y en un plazo de unos ocho días quedaban preñadas por lo común.

“A la guarra le dura cinco o seis días el celo. Están preñás tres meses y veintiún días, justos. Cuando deja de criar, cuando se le quita los piros a las cochinas se le puede echar el verraco cuando quieras, y se cogen de momento, antes de los veintiún días se cogen.”

B. J., Fl.



Corralillos del interior

Entrando ya de pleno en el proceso de cría, el sistema más avanzado y completo era el de las cochineras, edificaciones en las que, en el interior de naves, se disponía en línea una serie de pequeños corrales de algo más de un metro cuadrado y alrededor de un metro de altura, con una puerta hacia un pasillo interior.

En el modelo ideal, en el lado opuesto a esta puerta, disponía de una pequeña abertura rectangular, llamada pillera en algún pueblo y caño en otros, a ras de suelo

(44) Ahorrarse es quedarse horas, sin cría que alimentar, bien porque no paren o porque pierden la cría.





Interior de cochineras

y por donde cupieran los lechones y pudieran salir al pequeño corralillo exterior del que disponía cada una de las zahúrdas interiores, en el que contaban con una pequeña pila para agua. Una trampilla cerraba el caño. Se buscaba para estos corralillos la orientación al mediodía. Cuando eran fincas de gran envergadura, las cochineras podían tener varias hileras, contando hasta con unos 80 corrales en algún caso. A veces, las cochineras disponían en la parte delantera, en la entrada, de un espacio cubierto llamado *enjugaero* en Pallares, donde estaban las cochinas antes de pasar a sus zahúrdas, por ejemplo para enjugarse, para secarse si hacía tiempo lluvioso, de ahí su nombre. La variedad de este tipo de construcciones era grande, de una a varias hileras, con o sin *enjugaero*, con corralillos individuales o con un corral único, con techo de bóveda de cañón o de tejas, etc. En algún caso aun existen cochineras que eran tres zahúrdas con una puerta baja cada una, por la que no cabía una persona si no era agachándose, y que daba un corral común. En cuanto a su ubicación, se buscaba preferentemente construir las en alguna leve elevación, en terreno más sano, evitando humedades.

En otros caso, una nave cobijaba a distintos apartadizos, esta vez de madera y, en las economías más modestas, lo que había eran chozones, una suerte de

chozas de palancas y ramas en cuyo interior se hacían apartadizos con compuertas hechas de madera o también de palos, ramas o monte. A veces, la parte inferior podía ser una pared de piedra o tapia.



Corralillos del exterior

“...antiguamente no había tampoco cochineras de esas, las había de esas majás terrizas, de tierra. No había teja ni na, una pared con unos lanchones y le echaban tierra encima, van montando y le va echando tierra hasta que cierran arriba ya en el capirucho. Ya luego después hacían una nave con unos apartaizos, le abren un bujero a la pared, un caño, y después por fuera le hacen una corraleta lo mismo que por dentro, antiguamente no. En los años cincuenta tienen ya corraletas tanto por dentro como por fuera, de ladrillo, dos tabiques, tienen cada una su puerta y un pasillo pa poder entrar el tío y las cochinas pa las cochineras pero luego después tiene un caño en la pared que sale pa fuera y afuera tienen otra corraleta pa que salgan los piro a comer.”

B. J., Fl.

“Fuera del pueblo, al ganao se le hacían corrales, majás. A los guarros una majá de piedra, una corraleja de piedras pa cogerlos y tenerlos allí y de allí se le hacían unos caños y por fuera chozones lo mismo que las chozas, mas chicos, pero se le echaba casi de tierra hasta arriba. Se le echaba una capa de tierra pa que el aire no entrara. Las terrizas son otras, las majás de guarros las había terrizas y de las otras. Las terrizas es mu bien preparao con tierra pa que no se mojen y las otras llevan monte encima de la tierra, la tierra va intermedio pa que no, que no le entre frío y sean más frescas en verano y más calientes en invierno. Eso pa los guarros na más porque eso tiene mucha polvarea y mu sucias. También pa los guarros el que podía hacía majás de tejas, luego ya en los sesenta las majás de bóvedas en el campo, en vez de monte o teja vana, que no llevaba más que las tablas y las tejas encima.”

Z. J., Cv.

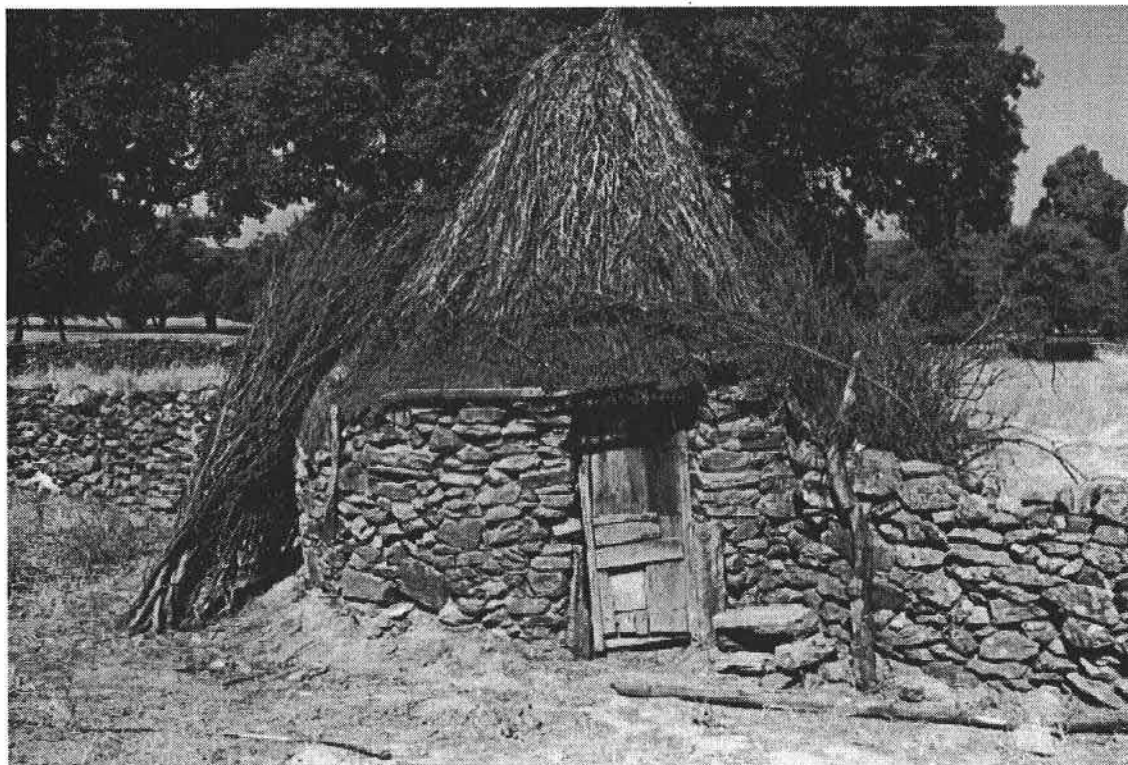
Muy características eran las majadas terrizas que podemos ver aun en Bodonal, ya sin uso. Se trata de construcciones circulares para una sola cochina, pudiendo haber unas cuantas majadas próximas, de un metro y medio o dos de radio, hechas de piedra y con una suerte de bóveda que van formando las piedras y rematadas con tierra. Este tipo de infraestructura se daba en las pequeñas propiedades. Había allí una variedad de majada circular doble, dos zahúrdas unidas por un corral pequeño con dos puertas, una a una cerca y otra a otra.

En Segura llamaban *bujarda* a una construcción circular con base de piedra y techo cónico de ramas.

Algunas de las cochineras de mampostería que conocemos datan del primer tercio del siglo, pero una parte considerable de ellas se construyeron en los años cincuenta, estando algunas en pie y aun en buen uso. Esa década fue la del auge de la agricultura tradicional en España y los bajos costes y buenos precios en los mercados supusieron unos notables beneficios que se tradujeron en una mejora de las infraestructuras, muy principalmente las del cochino, lo que hizo que se fueran abandonando los rudimentarios cobijos de antaño y mejorando con ello las condiciones sanitarias del ganado. Ver algunas de estas cochineras nos evidencia las potencialidades del cochino para un manejo más industrial y estandarizado, si atendemos a esa estructura capitalizada y a la disposición repetitiva de las construcciones. No obstante, las explotaciones más modestas seguían basándose en materiales de las propias fincas y en instalaciones menos perfeccionadas y especializadas, aunque también encontramos nuevas instalaciones en ellas.

Si en todo tipo de ganado la paridera y lactancia eran un momento crítico, en el caso del cochino lo eran sobremanera por ser más complicadas. Mientras que las otras especies solían hacer un solo parto al año y parir cada vez una sola cría, la cochina hacía dos partos y en cada uno de ellos paría unos cinco lechones. Junto con su condición de omnívoro y no rumiante, la prolificidad del cochino lo hacía el animal más singular y diferenciaba su manejo del resto. Por ello, sobre todo en fincas grandes donde la escala lo permitía y lo cuantitativo pasaba a

cualitativo, el de cría o de producción del cerdo era un proceso de trabajo especializado del que se encargaba el mayoral de cochinas.



Bujarda en la sierra

La cría y lactancia del cochino era más compleja que la de otros animales fundamentalmente porque la guarra tenía que amamantar a muchos hijos a la vez, no era posible que diera la teta en cualquier circunstancia y postura, debía echarse para que le viniera el apoyo (le subiera bien la leche) y los lechones se situasen para mamar. Además, había que procurar que todas las crías mamasen y aprovecharan por igual, que unas no le quitasen la teta a las otras. Algunos de los problemas de la lactancia nos los refieren los informantes en las siguientes citas.

“La cochina tiene los pechos llenos siete u ocho días na más, a los siete u ocho días na más que tiene lleno los [pechos de los] guarros que tiene. Una vez que las cochinas están apechás ya no... tú echas un guarro extraño y no... se le da de mamar con un biberón y ya le echas de comer. Esos guarros son mu malos luego, se avanzan a uno como Dios. Esos guarros lecheros... están acostumbraos a la leche de la mano y muerden mucho los hijoputas, tienen mu mala leche. Los guarros tienen mu mala leche, el guarro como pueda... si algún día tienes una cochina paría en una zahúrda no te vayas a meter. Ni palo ni na. Como esté un poquito celosa, la primera tacá no hay quien te la quite. Mu mala. Cuando hay cochinas grandes y cochinos grandes, na más que chille uno verás como vienen tos con la boca abierta. Tienes que estar con el palo en la mano. Ese ganao es mu malo. El guarro, mientras estés acariciándolo y eso bien, pero de que ya pierdes las amistades se han acabao las amistades y ya no te conocen. El ganao tiene sabiduria igual que nosotros, solamente que los

animales no hablan, no contestan, pero ellos saben de más quien le hace daño y quien no le hace daño”

C. E., Mt.

“Los guarros chicos salen con dientes, tienen colmillos. Si un guarro está endeble puede ser porque tenga los colmillos mal. Se le mira la boca y si tiene los colmillos p’arriba, cuando coge la teta le muerde a la cochina y la cochina se va, y ni mama aquél ni los otros. Los guarros tienen tos colmillos y se le cortaban sólo al que tenía el colmillo p’arriba. Porque se te pueden morir cortándoles los colmillos. Hasta que no cambie de dentadura ya no tiene colmillos, y a ese guarro le hará falta pa comer porque si no Dios no se lo mandaría”

C. E., Mt.

Además, siempre podía existir el problema de que la madre aplastara o asfixiara a alguna de las crías. Por todo ello:

“Si podías tener un apartamento pa ca una que se atetaran y comieran los apartabas y, si no, se criaban por ahí a pelota, como quiera.

G. P., Mn.

Esto último ocurría sólo en algunas fincas de poca capacidad. En el resto, sobre todo en las que tenían su zahúrda y corralillo, las cochinas dormían con los lechones y por la mañana se las sacaba al campo, volviendo para darles la teta. La cochina se iba sola a su cochinera por lo general, pero en caso contrario había que conducirla, por lo que cada mayoral sabía perfectamente cuál era su cochinera y cuáles sus lechones. Sólo en algún caso de gran cantidad de hembras reproductoras se numeraban las cochinas y las zahúrdas. Se procuraba limpiarles las cochineras por dentro y tener todo aseado. De esto se solía encargar el mayoral, mientras el zagal salía con las cochinas. Cuando los lechones eran algo mayores, a los veintitantos días, podían salir al corralillo a tomar el sol, comer en el suelo y beber en los pequeños bebederos. Era preferible echarles de comer y beber dentro porque, si no, la cochina se tumbaría sobre un suelo embarrado.

Durante la lactancia, sobre todo cuando el parto era en tiempo en que no había comida en el campo, a las cochinas se les podía ayudar con distintos piensos. El más adecuado eran las habas, que hacían que diera mucha leche. En economías modestas se utilizaba el afrecho (salvado), aunque no era lo más adecuado y, en ciertas ocasiones, acarreaba problemas ya que, al no alimentar apenas, la cochina se quedaba seca, sobre todo en verano. La cebada, en cualquier caso, seguía siendo un alimento bueno para las cochinas y era con lo que, caso de necesidad, se alimentaba el ganado reproductor a lo largo del año. También se usaban garbanzos negros en algunos casos.

Durante todo el año se procuraba tener a la cochina bien mantenida y sin engordar, ligera, para que cuando llegara la hora de la gestación y el parto no tuviera

demasiadas carnes. Para esa alimentación de mantenimiento las hierbas del eriazo eran lo más apropiado, ayudándola en tiempos de escasez con cebada sobre todo. La estética de los animales era un variable de su utilidad productiva, de ahí que mientras que un cochino en la montanera, un animal para el cebo y venta, era bonito si era gordo y redondeado, la cochina bonita debía ser más bien delgada, estilizada.

“Las cochinas de cría tenías que tenerla aparte de los gordos porque no te interesaba que se pusieran gordas, lo primero es que cuando van a parir estripan todos los puros porque no hay agilidad y esas carnes son perdías.”

V. J. M., Fl.

Los verracos, que no habían de pasar el trance de la gestación y parto, habían de estar más fuertes, pero ligeros para la monta, de ahí que tuvieran más carnes pero no demasiadas, habían de estar, como dicen por ejemplo en Bodonal, *atacaítos*, no gordos, no excesiva pero sí proporcionadamente macizos, recogidos.

La alimentación de la madre repercutía en el lechón, y no eran infrecuentes algunos problemas como el *humillo*, una diarrea, que podía ser provocado, por ejemplo por la bellota, razón por la cual se impedía que la madre la comiera, por lo menos en los primeros tiempos. El mayoral de una dehesa nos resume la alimentación de cochinas y lechones durante la lactancia de esta manera:

“A las cochinas se les echaba chícharros, habas, trigo, cebá, garbanzos, incluso en algunas fincas se le ha llegao a echar de comer bellotas pero no es mu bueno porque crían mucho humillo, se zurrán, igual que los higos, que también son malos pa los guarros chicos porque le entra zurra también. Los guarros chicos con trigo se criaban mu bien, empezaban a comer cuando tenían alreó de un mes. Se sacaban al corralillo de ca uno. Cebá también se le echa. A las madres se le echaba chícharros, cebá... Las habas eran mu caras pero eran mu buenas pa la leche y pa que se levantaran, se pusieran celosas, pronto.”

C. E., Mt.

Para los lechones lo ideal era el trigo, el triguillo, cosa que no todos los dueños podían permitirse y, en su defecto, se usaba cebada, avena o centeno, variando según las fincas y los pueblos.

“Entonces, si al lechón le echabas centeno ya podían venir to los piensos compuestos que vieran que... eso se criaban los lechones con un pelo brillante y en cuatro días pesaban dos arrobas, se lo comían entero, seco. Eso da miedo.”

B. J., Fl.

En las fincas en que se hacía queso, el suero era un alimento destinado principalmente a los lechones.

Hacia los dos meses de vida se destetaban los cochinos, siendo raras

otras fórmulas:

“A veces se dejaban a pelota y que dejaran de mamar cuando quisieran. Antes de dos meses no se le quitaban. A lo mejor, si las cochinas se ponían mu delgás porque se ponían mu desganás, a lo mejor se los quitaban antes por salvar las cochinas. Ahora los destetas de veinte días y empiezan a comer pienso y no se enteran que se han destetao. A los dos meses de nacer se les quitaban la teta y se cogían [se preñaban].”

Z. J., Bd.

El dejarlos a pelota, como casi siempre, era más bien cosa de alguna pequeña finca. Un tiempo antes se les iba ya echando cebada en un lugar aparte a todos, aunque volvían a sus zahúrdas. Las cochinas, que a los tres días del destete estaban secas, ya podían ser *pisadas* por los verracos y todo el ganado reproductor conformaba una piara al cargo del mayoral que entonces ya tenía ésa como única dedicación hasta la siguiente cría. La hierba y la cebada serían la base de la alimentación de la nueva camada en los primeros momentos.

“Cuando se destetaban, se les echaba trigo o cebá que es lo que había. Y entero, que le está mu bien al guarro chico, que eso es mu bueno y hoy cuando los guarros tienen diarrea lo recomienda el veterinario, que se le eche grano así.”

M. A., Pl.

Los lechones, que ya pasaban a ser marranos, conformaban una o más piaras que pasaban a manos de porqueros o estaban con otros animales de la finca si de una pequeña explotación se trataba. En algunas fincas medianas, al principio

“Se llevaban aparte de los otros por el campo, pa campearlos, cuando ya estaban un poquito campeaos, que llevaban un mes o mes y medio, se juntaban con los grandes.”

C. E., Mt.

En fincas pequeñas se unían al resto de animales, a veces de diversas especies. El manejo de los cochinos era más llevadero en pueblos del occidente comarcal donde existían cercas de piedra.

“Las cercas tenían pasos de unas a otras, fuera un caño o una cancilla, y los bichos pasaban de una a otra, no había que cuidarlos pa echarlos de una cerca a otra. Estaban sueltos y juntos, porque es que la vaca no le hace na al guarro como no se meta con la vaca. En la época de parir las vacas también estaban juntos, el guarro no se arrima a una vaca pariendo, a una oveja sí, se comen la oveja y el borrego, o una cabra, a la vaca no se arrima el guarro ni a dos metros porque lo tira por alto de momento.”

C. S., Bd.

“Los guarros también se guardaban solos porque estaba cercao en la Piedra de la Zarza. A los cochinos les echaban de comer mi tío y mi padre que iban juntos y no se iban de donde se les echaba de comer”.

M. M., Bd.

Este ganado de vida<sup>45</sup> se recogía de noche, en *chozones* o *zahurdones*, próximos a la casa en las fincas pequeñas, o repartidos por distintas hojas o lugares en los latifundios. Recordemos que donde el número de animales era grande se hacían distintas partidas o piaras al cargo de los porqueros y sus zagales. La calidad y características de estos habitáculos eran de una gran variabilidad, al igual que hemos visto sucedía con las cochineras, por lo cual no vamos a insistir en las motivaciones y diferencias según tipo de fincas.

Los *zahurdones* o *chozones* eran, por lo regular, construcciones de planta rectangular y sin división interna alguna. Los más antiguos eran de palancas, a veces con una pared de tierra o piedra como base, del mismo tipo que las cochineras o ahijaderas de monte que hemos descrito y, como dijimos, habían de quemarse cada tiempo debido a la infección de chinches. Algunas descripciones de este tipo de construcción son las que nos hacen a continuación.

“Hacía chozones pa los guarros y a mí no se me mojaba un chozón nunca. Eso estaban con palancas desde el suelo, lo único que llevaba eran dos piedras en la puerta y por arriba otra. Siempre se hacía en un sitio que estuviera sano, no lo ibas a hacer en donde corriera el agua por debajo, y alreó se le hacía una zanjita buena que estuviera esto, donde se iban a quedar los bichos, más alto pa que corriera el agua y no se metieran pa dentro y la puerta se ponía al saliente, donde salía el sol que estaba más calentito, al norte nunca. El chozón llevaba una chasca de helechos y aterrao, con una capa de roble y con tierra aterrao. Eso no se hacía mu alto y las trancas curás, bajito. Si necesitabas un chozón más grande ponías una tranca allí en aquella esquina, otra allí, otra donde está la televisión [de su comedor], se le ponían las que necesitaba. Por dentro na, iban las trancas enlazás. Se ponían las tres o cuatro primeras enganchás y por los laos ibas metiendo las otras porque las más grandes se ponían primero y las chicas las ibas engarzando y iban quedando más bajas, haciendo curvita y no mu emperinao. Pero abajo se le hacía un montón de tierra, un pie pa que fuera mu abrigao y pa que pudieras llegar con la tierra arriba, sobre la chasca. Arriba cuando se escobaba bien con escobas se le echaba una capa de tierra que le decíamos el castillo y encima se le ponía una lancha buena anchita pa que no se dejara ir la tierra y no se mojara. Pa los guarros, y algunas veces las personas vivían en chozas de esas pero más altas y de otra forma, yo conocía a una familia, y subida en una pared..”

M. F., Cl.

El otro tipo de construcción arquetípica, que aun podemos encontrar en pie en las dehesas, es el *zahurdón* de paredes de tapia o mampostería, con bóveda y

---

(45) Los cochinos de vida son aquellos que no se están engordando todavía para sacrificio, en este caso los lechones.

a veces una pequeña puerta de no más de medio metro de altura y con dos ventanas por los lados cortos del rectángulo como única ventilación. Estos zahurdones solían tener delante un corral hecho con paredes de piedra y, normalmente, comederos. En lo años cincuenta se data la construcción de bastantes de ellos.

“Los guarros se quedaban en sus zahurdones, cien o doscientos guarros, hechos de bóveda, como el comedor este<sup>46</sup>, los guarros en invierno se juntan unos encima de otros, son mu fríos, y aquí caben 100 guarros y sobra más de la mitad del zahurdón. De bóveda, con cal, con ladrillos así, con paredes de piedra y el tejao de tejas.”

B. J., FI.

Otra modalidad de *zahurdón* era la que consistía en una nave también rectangular, techada con madera y teja, sin bóveda. En cualquier caso, solía tener adosada, o exenta pero cercana, una casilla también de obra, para el porquero. Cuando se trataba de chozones, la habitación del porquero era asimismo de monte.

Volviendo a considerar al animal en sí, tras el destete había que ir manteniendo al cochino con los recursos de la finca y preparándolo para el engorde en montanera. El marrano se iba desarrollando, pero no se trataba de que pusiera el mayor número de kilos posible, pues eso se daría en la fase final del engorde. Recuérdese que algunos cerdos habían de pasar por dos veranos antes del pleno engorde y, en cualquier caso, antes de entrar en montanera habían de sortear esa época de fuerte calor y que era crítica para la alimentación con recursos de las fincas, por lo cual no era conveniente que llegaran a ella con mucho peso y unas carnes que habrían de perder en parte en esos meses. No convenía tener animales de mucho peso y, por tanto, de mucho requerimiento de comida para mantenerlos. Se trataba de que fueran creciendo pero dentro de unos límites de peso.

Esta preparación del cochino para el engorde requería también de la práctica de la castración. A diferencia de otras especies, el cochino no se vendía al destete y, así, animales de distinto sexo con plena capacidad reproductora habían de estar juntos en la finca durante bastante tiempo. Para que los reclamos de la actividad sexual no los inquietaran, dificultando de paso su manejo, ni le hicieran perder energía y atención respecto a la alimentación, además de para evitar que las hembras quedaran preñadas, se castraban machos y hembras.

“Las cochinas, como no las capes, no engordan porque salen celosas y dando bufios y te estropean a los otros y hay que castrarlas.”

V. J. M., FI.

De la castración se excluían los marranos y marranas que se dejaban para cochinas de cría y verracos, eligiendo aquellos ejemplares que tuvieran mejor presencia, salud y a veces ciertas características fenotípicas que, al entender de las gentes, fueran indicio de buena capacidad reproductora y garantía de buenas

---

(46) Alrededor de unos 12 m<sup>2</sup>.



crías. Se trataba de animales sin falta alguna, de buena construcción y anchos. En Pallares, por ejemplo, se huía de cochinos y cochinas que fueran aguzados, es decir que tuvieran los cuartos traseros o la cabeza de punta. A veces podía ser un criterio la forma de las orejas, como también lo era el pelo, que fuera todo el ganado del mismo pelo, aunque hemos visto que no siempre sucedía, al menos en algunas fincas pequeñas. Cada pueblo o área podía tener una idea de qué se entendía por un cochino bonito. De todas formas, todo ello no era una total garantía.

“Las cochinas siempre [se escogían] por la clase. Dices a lo mejor, esa cochina qué basta es, esas cochinas con unos pelos que parece la cola de una yegua, y a lo mejor ves otra que es mu finita, pues yo esa no la quiero. Eso cada uno tiene su gusto, eso es como cuando vas a la feria pa comprarte un potro, coño, lo compras por bonito y por bueno y después por la doma a lo mejor es un malaje. Eso no se sabe lo que va a salir.”

V. J. M., Fl.

Una vez agotado su ciclo, los verracos y cochinas se capaban y se engordaban como el resto de cochinos. Ahora bien, respecto a la calidad de la carne existen opiniones dispares y, así, mientras que en Pallares encontramos que venían gentes de Salamanca que compraban tetonas, por el tocino, en otros lugares no parecen hacer mucho aprecio por ellas.

“[Los dueños de fincas] tenían unas pilas de tocino. Luego, llevaban los hombres a zachar, a quitarle las hierbas malas al trigo y la cebá, les daban de comer, ocho o diez mozos to el año comiendo. Y eso es lo que más se gastaba, el tocino, la morcilla... y la cochina que era mu vieja, los verracos, po eso era un pazo tocino, cogía el tío un cacho tocino y le empalagaba y se hartaba, eso querían, que se empachara y no comiera.”

C. J., Mn.

A la hora de capar, los dos criterios fundamentales que había que tener en cuenta eran la edad del animal y la época del año. Mientras más nuevos los cochinos, mejor, pues sentían menos la operación, era más fácil su manejo y, sobre todo, había menos problemas de enfermedad y más garantía de una buena cura. Eso no podía observarse en el caso de cochinas de cría y verracos por razones obvias. Tampoco podían castrarse excesivamente pronto, al no haber desarrollado el aparato reproductor, ser pequeño y hacer, por tanto, difícil la propia operación. La otra cuestión era la del tiempo, pues había que huir tanto del frío como del calor, para evitar malas cicatrizaciones y problemas de infección por insectos, de ahí que las fechas más indicadas fueran marzo o finales de agosto. Algunos aseguran que había que evitar capar en cuarto creciente, porque los cochinos podían desangrarse. La siguiente selección de citas desarrolla estos aspectos y nos ilustran sobre muchos otros relativos a la capa.

“... en marzo y en agosto, a últimos,... se hacía así porque decían que era la mejor capa que había y así lo hacíamos tos. En la montanera también se capaban porque decían que comiendo bellotas sanaban de seguía, los de los

retales, esos lechoncillos.”

B. N., Cl.

“Se capan ahora mejor en agosto que en ninguna época porque durante el año la sangre le corre mucho por las venas, hombre, no le va a pasar na tampoco, pero la cría de agosto es la mejor, que está la sangre arrecogía<sup>47</sup>.”

C. E., Mt.

“Si hace frío es peligroso porque parece que se enconan las capauras, si hace mucho frío en marzo. Si hace calor lo que le cae es gusanos, pero cuando los capo le echo ZZ cuando comen, antes se dejaban que le cayeran cocos<sup>48</sup> y luego los cogías y le dabas con una pluma con Zotal, y la gente tan torpe éramos que decían que los cocos eran buenos, y son malísimos, eso es mentira porque decían que se comían lo malo, y se comen lo bueno. Cuando está un guarro malo no le caen cocos, no le agarran y por eso se decía que era bueno porque cuando estaba ya bueno ya le caían cocos. Una vez dice el capaó “eso es bueno que le caigan cocos”, y dice el hombre “que eso lo diga un señor capaó”,. -si el capaó es un arrastapasto como nosotros que aprendió a capar-. Eso es malísimo, nosotros los hemos tenío con cocos y no nos hemos dao cuenta y se van a los barrancos, se echan y se ponen secos y se mueren.”

Z. J., Bd.

“No se le echaba na a la capaúra de los guarros. Yo capaba el guarro, le cortaba las brinces<sup>49</sup>, se tiraba de las brinces una mijita, al final le cortaba las dos turmas y aquello se le entraba pa dentro y ya está. Pa el derrame no había cosa ninguna, le podías poner al guarro una inyección. Como el corte no se le inflame, malo, ya esperas que pueda tener un derrame en el pito adelante. Siempre había moscas y criaban unas coqueras, bichos que decimos, nunca se curaban, se curaban solos, el guarro arrastra el culo así cuando le pican los bichos, se arrasca y se le quitan los bichos, pero una vez que esa herida, esa primera coquera, la tiene curá. Si le sale otra después hay curarla porque es que esa coquera segunda ya está en la carne viva, pero la otra carne muere, carne muerta. “

C. E., Mt..

“Y yo siempre los capaba al destete, a los tres meses, los cuatro, se cogía porque tenía unas turmas chiquetitas, se rajaba y eso pos no se hinchaba ni siquiera. El cochino grande sufre más porque está expuesto que le venga a la barriga un derrame y eso es jodío. Un cochino grande tienes que barajar mucho con él y entonces sufre mucho la capaúra....Yo dejé un renuevo de verraquillo

(47) En esto se asimila a los animales con los árboles, en los que también se para la savia en agosto. Donde dice sangre vale *celo* o savia. Se supone que los ciclos de la naturaleza son iguales igual para animales y plantas. Al correr la sangre o la savia, no conviene hacer cortes, para que no haya hemorragias, no sangre.

(48) Cocos son las larvas y luego los gusanos, palabra que da lugar a coquera o bichera, es decir presencia de bichos, muy propia, por ejemplo, de las ovejas en verano. Según la gente del lugar los cocos proceden de los excrementos de las moscas sobre la carne en mal estado, las heridas, úlceras, etc.

(49) Se llama brinces a los conductos que llegan a los testículos por los que discurre el semen.

chico pa capar los tres grandes que había. Capamos los tres verracos, estábamos siete o ocho..." [uno de ellos] no dio jaleo y se murió y los otros que dieron muchos problemas no. No le dio derrame, se murió. El guarro se emociona, un cacho congestión."

B. N., Cl.

"Las hembras también [se capaban] en esa fecha. Que hubiera comío cosa que no fuera fuerte, le echaba un poco de vena o cosas de esas. Pa el guarro que coma bien pa la capa, al revés, se le echaba chícharos, algo más fuerte, en vez de vena y cosas de esas, grano gordo pa que tuvieran más fuerza, eso no ha vario na."

M. M., Bd.

La castración de las hembras, mucho más complicada porque había que operar en el interior del animal, en los ovarios, la debían llevar a cabo especialistas, con conocimiento y mucha habilidad en las manos. Aunque algunos veterinarios la hicieran, los que solían encargarse de ello eran los *capaores*, gente de la zona y sin estudios pero que conocían bien su oficio. Los más habituales en las fincas eran, para la zona oriental, unos *capaores* de Almadén de la Plata y El Real de la Jara (Sevilla) y, para la occidental, un *capaor* de Bodonal. La castración de los machos era más fácil y podían hacerla los dueños o empleados de las fincas, aunque a veces la hiciera un *capaor*. En cualquier caso, se requería de la colaboración de varias personas, empleados o dueños de las fincas y, en fincas pequeñas, a veces ayuda de familiares o vecinos para sujetar a los animales.

La castración era un momento importante en el ciclo anual, sobre todo en las grandes fincas, pues requería del concurso de un cierto número de personas, algunas de ellas ajenas al cochino. La participación en una tarea colectiva, cíclica y perfectamente pautada, le daba al hecho y a cuanto giraba a su alrededor cierto carácter de ritual y me atrevería a decir que de ritual sacrificial. En efecto, tenemos un animal al que en muchos casos se prepara haciéndolo ayunar o dándole una comida no habitual. En el caso de las cochinas hay un especialista, con unos conocimientos y habilidades especiales. El acto es cruento, se derrama sangre de la víctima. Tiene una finalidad primera que es la de hacer que el animal sea apto para el engorde pero, a su vez, tiene la función de reforzar la solidaridad entre los miembros del grupo. En un caso es la familia campesina, los linderos, vecinos o amigos, y en el otro caso son los empleados de la gran finca los que se ayudan. Como compensación de esa ayuda, o como demostración de buena relación aunque no se haya participado, se distribuye entre los allegados o empleados las turmas de los machos, las criadillas, o se comen en común acompañadas de vino, considerándose un plato exquisito.

Una parte del animal es repartida. El animal es despojado de un trozo de su cuerpo que es consumido por el grupo. Cuando se intercambia un don, en este caso la carne del animal, es de mucho más valor si es extraordinario y más aun si no procede de intercambios en el mercado, pues lo hace más apto para una economía

moral. Se trata de moralizar las relaciones sociales. La cosa no es baladí especialmente en un contexto de grandes divisiones de clase, como las que había en los pueblos y en el interior de las fincas. El carácter cruento acrecienta el valor del bien, pero la violencia debe ser ritualizada. El animal es sometido a un acto cruel y es desviado de la reproducción física para destinarlo a la producción, pero a su vez se desvía de la reproducción natural y se contribuye a la reproducción social, del grupo y también de la estructura de clases, y al funcionamiento de las propias fincas.

Por otra parte, los que participan en la castración son hombres y lo que se consume son las turmas del macho. La castración de la hembra tiene menos simbolismo, no se consumen los ovarios. La castración del macho, sobre todo cuando es sistemática y masiva, debe ser ritualizada, no es algo intrascendente para una sociedad patriarcal. Aunque no fueran sólo los hombres los que comían las turmas, en algunos casos las criadillas se prestaban al comensalismo exclusivamente masculino.

Otra operación que había que hacer con los cochinos era el anillamiento. Consistía en poner una o dos anillas o grapas de metal en la parte superior del hocico, en la trompa del animal, valiéndose de una herramienta parecida a unos alicates. Se trataba con ello de impedir que el animal hozara y estropease la hierba y por ello solía hacerse en tiempo de primavera y en otoño, que es cuando estaba la tierra más blanda y mayor podía ser el daño. Si el animal perdía la anilla se volvía anillar. En verano podía ser interesante incluso que el animal hozara, para buscar bajo tierra algo de comida, como lombrices, insectos o raíces. La única dificultad que comportaba esta tarea era sujetar al cochino, por lo que la hacían los dueños o empleados de las fincas con ayuda de otros.